

Capítulo 1. Carta N° 1.



Querida amiga:

Usted desea que yo le escriba sin entrar en lo personal, que no le cuente chismes, que no le diga palabras bonitas, sino que sea serio, instructivo, a ser posible científico. En fin, terrible.

¿Qué tengo yo, pobre de mí, que ver con la ciencia? Porque lo poco que se necesita para la práctica médica no se lo puedo decir. Descubriría usted los andrajos que hay debajo de la brillante toga de la habilitación para ejercer la medicina. Pero quizá se dé usted por satisfecha con que le cuente por qué me hice médico y cómo llegué a adquirir esta mi aversión al saber.

No recuerdo haber tenido de pequeño ninguna simpatía particular hacia los médicos, pero lo que sí se muy bien es que nunca; ni antes ni después, llegué a relacionar esta profesión con sentimientos de humanidad. Y si alguna vez -cosa que, por lo demás, ha sucedido- llegué a adornarme con tan nobles palabras, pido que se me juzgue con benevolencia mi mentira. Me hice médico porque lo era mi padre. Mi padre había prohibido a todos mis hermanos seguir esta carrera. Es de suponer que porque quería hacer creer a los demás y a sí mismo que sus dificultades económicas provenían de lo mal pagados que estaban los médicos, lo cual era de todo punto falso, pues mi padre era celebrado por todo el mundo como un buen médico y, como tal, pagado. Pero era aficionado, como su hijo y como cualquiera, a mirar hacia fuera cuando sabía que algo no iba bien por dentro. Un día me preguntó –por qué, no lo sé- si no quería hacerme médico, y como yo vi en esta pregunta una distinción frente a mis hermanos, le dije que sí. Con esto quedó decidido mi destino tanto en lo que se refiere a la elección de mi profesión como al arte y manera de ejercerla, pues desde entonces a esta parte me he puesto a imitar con toda intención a mi padre. Tan marcada era esta imitación que una amiga suya, al llegarme a conocer después de muchos años, no pudo menos de decir: “Todo como el padre, sólo que sin rastro de su genio”.

En aquel entonces me contó algo mi padre que luego, cuando aparecieron las dudas sobre mi capacidad para ejercer la medicina, vino a ser lo que me mantuvo en mi trabajo. Es posible que la historia me fuese ya conocida de antes, pero yo sé que la escuché con ese elevado estado de ánimo del José que se siente mejor que sus hermanos y que me impresionó profundamente. Cuando yo tenía tres años, me contó, me observó una vez cómo jugaba a las muñecas con mi hermana, que era algo mayor que yo y compañera mía perenne de infantiles entretenimientos. Lina quería que le pusiésemos un vestido más a la muñeca, y yo, después de mucho oponerme, cedí con las palabras: “Bueno, pero vas a ver cómo se ahoga”. De aquí -agregó mi padre- sacó él la conclusión de que yo estaba dotado para la medicina. Y yo mismo llegué a sacar también esa tan poco fundamentada consecuencia.

He venido a contar este pequeño episodio porque me ofrece la oportunidad de hablar de uno de los rasgos característicos de mi personalidad, a saber, de un raro estado de angustia y timidez que, de una manera repentina y, aparentemente, inmotivada, se apodera de mí frente a cosas que no son de mayor importancia. Como usted sabe, el temor es consecuencia derivada de la represión de un deseo. En aquel momento en que yo manifesté la idea de que la muñeca se ahogaría, debió estar en mí vivo el deseo de procurar la muerte a alguien, cuyo lugar ocupada la muñeca. Quién pudo ser este alguien no lo sé, pero sospecho que bien pudo ser precisamente mi hermana, pues debido a su constitución enfermiza mi padre la hacía objeto en su trato de algunos privilegios que yo, como el más pequeño de la familia, reclamaba para mí. Aquí tiene usted, pues, lo fundamental en un médico: una determinada tendencia a la crueldad, reprimida hasta tal punto que

se convierte en útil y cuyo correctivo es el temor a causar daño. Como usted ve, merecía la pena reflexionar sobre este fino entramado de crueldad y temor en el hombre, pues tiene mucha importancia en la vida. Pero tratándose de una carta, bastará con dejar bien sentado que las relaciones con mi hermana han tenido mucho que ver con el desarrollo en mi vida, y el dominio, del gusto ante el dolor de los demás. Nuestro juego preferido era jugar a madre e hijo, y de lo que se trataba era de que el niño fuese malo y se le castigase con azotes. El que todo esto se desarrollase de una manera relativamente suave era debido al estado enfermizo de mi hermana y se refleja en la manera que he tenido yo de ejercer mi profesión. Además de mis prevenciones frente al sangriento quehacer del cirujano, tengo aversión a la manipulación de venenos tal como se lleva a cabo en la farmacia, y por eso me dediqué al mensaje y al tratamiento estrictamente físico. Ninguno de los dos es menos cruel que los otros, pero se adaptan mejor a las diferentes modalidades individuales de placer frente al dolor. Las exigencias que diariamente la dolencia cardíaca de Lina imponía a mi sensibilidad inconsciente ha dado origen a esa mi preferencia por los enfermos crónicos, mientras que las enfermedades agudas dan al traste en seguida con mi paciencia.

Esto es más o menos lo que, por de pronto, puedo decir acerca de mi elección profesional. Con pocas vueltas que le dé usted a ello en su cabeza se le han de ocurrir no pocas cosas respecto de mi postura frente a la ciencia. Pues el que desde la infancia está enseñado al tratamiento individual del enfermo difícilmente va a aprender a clasificar sistemáticamente. Pero también en esto lo más importante es la imitación. Mi padre era un hereje de la medicina. Su única autoridad era él mismo; él andaba sus propios caminos y sus propios extravíos y de respeto ante la ciencia se notaba muy poco en él. Me acuerdo todavía cómo se burlaba de las esperanzas puestas en el descubrimiento de los bacilos del cólera y la tuberculosis y del subidísimo regusto con que contaba cómo, contra todos los axiomas de la fisiología, logró alimentar a un bebé durante un año a base únicamente de caldo. El primer libro que puso en mis manos -yo hacía todavía bachiller- fue la doctrina de la empirioterapia (o de la curación a base de la experiencia) de Rademacher. Como todos los ataques que allí se dirigían contra la ciencia los había subrayado bien gordo y además los había provisto de amplias observaciones al margen, no es nada de extrañar que ya antes de mis estudios universitarios estuviese yo inclinado a la duda.

Este placer que yo encontraba en la duda tenía, además, otro condicionamiento. A los seis años perdí temporalmente la única y exclusiva amistad de mi hermana. Ella dirigió sus preferencias hacia una compañera de colegio cuyo nombre era Alma, pero lo más doloroso fue que transfirió nuestros pequeños juegos sadísticos a su nueva amiga y a mí me excluyó de participar en ellos. Solamente conseguí espiarlas una vez que se contaban cuentos, actividad que les gustaba especialmente. Alma soñaba con una madre que era muy mala y que para castigar a su hijo lo metía en una letrina. (Aquí hay que figurarse una letrina de todo punto primitiva, de las que hay en el campo.) Hasta el día de hoy sigo lamentando no haber podido oír esta historia hasta el final.

La amistad de las dos niñas pasó y mi hermana volvió a mí de nuevo. Pero aquel tiempo de soledad ha bastado para crear en mí una profunda aversión al nombre de Alma.

Y ahora puedo recordarle a usted que la Universidad se llama también Alma Mater. Este hecho me ha predispuesto fuertemente contra la ciencia y ello tanto más cuanto que el nombre de Alma Mater también se le aplicaba al colegio en que yo estudiaba humanidades, donde yo tanto he sufrido y del que yo debería contarle a usted muchas cosas si de hacerle comprensible el desarrollo humano de mi personalidad se tratase. Pero no se trata de eso, sino solamente del hecho de que transferí todo el odio y todo el sufrimiento de mis años de estudio a la ciencia, pues es más cómodo atribuir las tribulaciones del alma a acontecimientos externos que buscar sus causas en las profundidades del inconsciente.

Después, pero mucho después, me di cuenta que las palabras *alma mater*, “madre nutricia”, tenían que ver con los primeros y más graves conflictos de mi vida. Mi madre dio su propia leche únicamente al mayor de sus hijos. Ya entonces fue aquejada de una grave inflamación de los pechos que tuvo como consecuencia el que se le secasen las glándulas mamarias. Yo debí nacer un par de días antes de lo que habían pensado. En todo caso, la nodriza que tenían prevista para mí no estaba todavía en casa y durante tres días tuvo que amamantarme como pudo una mujer que venía dos veces diariamente a darme el pecho. Me dijeron que ello

no me ocasionó ningún daño, pero, ¿quién puede juzgar los sentimientos de un lactante? El hambre no es ningún saludo de bienvenida para un recién nacido. He tenido ocasión de conocer a otras personas a quienes le han pasado cosas semejantes y, aunque no puedo demostrar que hayan sufrido daño en su alma, ello me resulta muy probable. Y en comparación con ellos, creo que yo todavía he tenido suerte.

Por ejemplo, hace ya muchos muchos años que conozco a una mujer cuya madre se apartó de ella recién nacida y no le dio el pecho, aun cuando sí se lo dio a todos los demás hijos, y la dejó a merced de la niñera y el biberón. La criatura prefería el hambre a chupar de la goma, tanto que acabó enfermando de muerte, hasta que un médico logró sacar a la madre de su antipatía. Entonces, la madre pasó de fría a solícita. Trajo a una nodriza a casa y ella misma no dejaba pasar momento sin ocuparse de la niña. Entonces la pequeña comenzó a desarrollarse y llegó a convertirse en una mujer fuerte y robusta. Su madre -hasta su muerte- se deshacía en solicitudes para con ella, pero en la hija quedó arraigado el odio. Toda su vida es una cadena de enemistades cuyos eslabones ha forjado la venganza. Todo el tiempo que vivió su madre no hizo sino atormentarla y, cuando cayó enferma, la abandonó en el lecho mortuario. Persigue, sin saberlo, a todo el que le recuerda a su madre, y hasta el fin de su vida será presa de la envidia que le ocasionó el pasar hambre. No tiene hijos. Las personas que odian a su madre no tienen hijos. Y esto es verdad hasta tal punto que, en los matrimonios estériles, hay que suponer sin más que una de las partes es enemiga de su madre. Quien odia a su madre se las teme todas de sus propios hijos, pues el hombre vive según el principio: Como tú para mí, así yo para ti. Y, sin embargo, a esta mujer le consume el deseo de tener un hijo. Su andar es como el de una embarazada. Cuando ve a un lactante se le hinchan los pechos, y lo mismo le acontece con el vientre cuando alguna de sus amigas queda encinta. Ella, que nada en comodidades y riquezas, se ha dedicado años enteros a trabajar como auxiliar de enfermera en las salas de maternidad, ha limpiado a los niños, lavado los pañales, cuidado a las parturientas, y allí, hurtando a los niños, cual una delincuente, los acercaba, con delirante pasión, a sus pechos sin leche. Pero se ha casado dos veces con hombres de los que sabía que eran impotentes. Vive del odio, del temor de la envidia y del codiciado tormento del hambre de lo inalcanzable.

Conozco a otra que también pasó hambre los primeros días después de nacer. Jamás ha podido decidirse a reconocer el odio hacia su madre, pero, sin embargo, le atormenta de continuo la sensación de haberla asesinado, por más absurda que a ella misma le resulta esta idea. Lo cierto es que su madre murió joven en una operación de la cual la niña, antes, ni siquiera estaba enterada. Hace muchos años que vive sola y enferma encerrada en su cuarto, se alimenta de odio contra todos los hombres, no ve a nadie, evita a todos, y odia.

Por lo que a mí respecta, vino finalmente la nodriza y quedó en casa, con nosotros, tres años. ¿Se ha ocupado usted alguna vez de las vivencias de un niño pequeño que es alimentado por su nodriza? La cosa es un poco complicada, al menos cuando el hijo es amado por la madre. Por un lado, tenemos a la madre, en cuyo vientre uno se ha pasado nueve meses sin preocupaciones, caliente y alegremente. ¿Por qué no amarla? ¿Pero a quién se habrá de preferir? El lactante que es alimentado por la nodriza mama esta duda y con ella se queda para siempre. Su capacidad de creer queda conmovida en sus fundamentos y cada vez que haya de elegir entre dos posibilidades la decisión le ha de resultar muy difícil. ¿Y cómo no ha de sonarle el nombre de alma mater a una persona cuya vida sentimental ha sido cercenada desde un principio, cuya pasión ha sido plenamente defraudada, sino como mentira y escarnio? Todo saber le parecerá estéril de antemano. El sabe muy bien: la una, la que no te alimenta, es tu madre y reivindica derechos de propiedad sobre ti, y la otra, sí, te alimenta, pero tú no eres su hijo. Un problema, pues, que el saber no soluciona, un problema ante cuya impertinencia uno debería huir, huir y refugiarse en el país de la fantasía. Es lo mejor. Pues quien, a la larga, no es extranjero en este país, algún día llegará a entender que la ciencia no es sino una especie de variedad de la fantasía, una especialidad de la misma, por así decirlo, con todas las ventajas y peligros que la especialidad comporta.

También hay hombres que no se sienten en su casa cuando viven en el reino de la fantasía, y de uno de éstos, brevemente, quiero contarle algunas cosas. La intención era de que no hubiera nacido, pero, sin embargo, nació, a pesar del padre y de la madre. A la madre se le secaron los pechos y tuvieron que traer una nodriza. El niño creció en medio de sus más afortunados hermanos, que sí pudieron gozar del pecho de

la madre, pero siempre fue para era ellos un extraño, tan extraño como para sus padres. Y sin quererlo y, ni siquiera, advertirlo, acabó por romper el lazo matrimonial que unía a éstos. Presa de una semiconciencia de culpa, despertada por el raro tratamiento del hijo, huyeron el uno del otro desconociendo su mutuo paradero. En cuanto al hijo, de él se apoderó la duda, y, desde entonces, su vida es a medias, Y como le faltó el ánimo de ser extravagante -pues estaba destinado a ser un hombre honorable y sus sueños eran los de un aventurero repudiado de todos- comenzó a darse a la bebida, destino que corre más de uno de los que son privados de cariño las primeras semanas de su vida. Pero, como todo en la vida, también su alcoholismo es a medias. Sólo esporádicamente, por unas semanas o, a lo más, meses, se apodera de él la necesidad de beber. Y, como yo he seguido un poco sus andares, me consta que cada vez que va a echar mano al vaso aparece en su mente el asunto de la nodriza. Esto me garantiza que va a curar. Pero ahora, otra rareza: este hombre escogió como compañera de su vida a una muchacha que, como él, respira odio contra sus progenitores y, lo mismo que él, está loca por tener hijos, y le horroriza la sola idea de tenerlos. Y como esto no le daba seguridad ninguna a su alma desgarrada de que en realidad no habría de nacerle ningún hijo que lo castigase, se procuró una enfermedad contagiosa y se la transmitió a su mujer. ¡Cuántas tragedias se ocultan muchas veces en la vida de los hombres!

Bueno, por hoy voy a acabar. Pero, ¿no le parece que podría todavía dar fin a la historia de mi nodriza? Ya no recuerdo qué aspecto tenía, lo único que se es que se llamaba Berta, la brillante. Me acuerdo también muy bien del día que marchó. Como despedida, me regaló una moneda de cobre de tres peniques para que comprase caramelos, pero yo, en lugar de hacerlo, me senté en la escalera de la cocina y allí, sobre la piedra de los peldaños, me puse a frotar la moneda para que brillase. Desde entonces no ha dejado de perseguirme el número tres. Palabras como trinidad, triple alianza, triángulo, son para mí muy sospechosas. Pero no sólo las palabras, también los conceptos que a ellas van unidos y hasta enteros complejos de ideas tal como los puede construir el cerebro obstinado de un muchacho. Así, por ejemplo, el Espíritu Santo, como tercera persona, fue ya rechazado por mí en mi más tierna infancia; la doctrina de las construcciones triangulares en la escuela constituyó para mí un verdadero tormento y no pude dejar de criticar siempre la tan cacareada y alabada política de la triple alianza. En efecto, el tres se ha convertido en una especie de número fatal para mí. Si echo una mirada retrospectiva a mi vida sentimental no tengo más remedio que reconocer que, cada vez que mi corazón hablaba, era para meterse en una relación ya existente entre otros dos, que lo que conseguía era separar a aquél a quien yo amaba del otro, y que, una vez conseguido esto, se enfriaba inmediatamente mi pasión. Es más, me acuerdo cómo, en más de una ocasión, para conservar en vida esta pasión que moría, atraía de nuevo a un tercero para expulsarlo otra vez. Como usted ve, los factores encontrados que responden a esa doble relación hacia la madre y la nodriza y la lucha de la despedida, sin mi saber ni querer, se han reproducido en una dirección que no deja de tener su relevancia. Un hecho que, de por sí, nos debía hacer reflexionar, pues al menos nos muestra cómo pueden enredarse las cosas en el alma de un niño de tres años y, sin embargo, exhibir una pauta de unitariedad.

Más tarde -tendría yo ya unos ochos años- volví a ver por unos minutos a mi nodriza. Me resultó extraña, y me invadió un sentimiento de pesadez y depresión.

Respecto a la palabra tres, tengo que contar aún un par de historias que tienen su importancia. Cuando mi hermano mayor empezó a estudiar latín le preguntó un día mi padre, mientras comíamos, qué significaba la palabra lágrima. No lo sabía. Pero a mí, por alguna razón, me había llamado la atención la palabra la noche anterior, cuando Wolf trataba de memorizar en voz alta sus vocablos, y la recordaba, sí que contesté yo en su lugar la pregunta. Como recompensa, mi padre me dio una moneda de cinco peniques. Después de comer, mis hermanos me propusieron que les cambiase la moneda por otra, reluciente, de tres peniques, cosa que hice con gusto. En esta ocasión, además del deseo de burlarme de la pretendida superioridad que se arrogaban mis hermanos en el trueque, tuvieron que intervenir sordas memoranzas afectivas. Si usted lo desea ya le contaré en otra ocasión lo que significaba para mi la palabra lacrima y lágrima.

El segundo episodio me divierte siempre mucho cuando pienso en él. Una generación más tarde escribí una pequeña pieza teatral para mis hijos en la que aparece una solterona seca y áspera, una mujer erudita que da clases de griego y es la burla de sus alumnos. Y a este producto de mi fantasía, sin pechos y calva,

le di yo el nombre de Tres. Ha sido la fuga entre aquel ya irrecordable y primer dolor de despedida de la muchacha rebotante de vida y amor que me dio la teta, y que yo amé tanto, la que ha construido la imagen de lo que para mí es la ciencia.

Yo creo que es suficientemente serio lo que le he escrito, suficientemente serio para mí. Pero si esto es lo que usted se desea para nuestra correspondencia, sábenlo los dioses. Sea de ello lo que fuere, yo quedo siempre su seguro y fiel.

PATRIK TROLL

Volver a Publicaciones de Groddeck